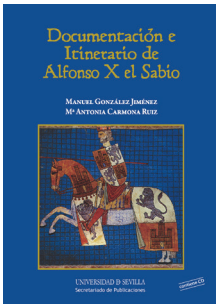
Documentación e Itinerario de Alfonso X el Sabio



Manuel González Jiménez y
Mª Antonia Carmona Ruiz
Documentación e Itinerario de Alfonso X el Sabio,
Sevilla, Secretariado de Publicaciones de
la Universidad de Sevilla, 2012, XX+799 páginas;
se incluye tablas y gráficos de la documentación reunida y
croquis del itinerario.
Anexo: CD con la obra completa.
ISBN 978-84-472-1332-0

Los profesores Manuel González y Mª Antonia Carmona Ruiz ofrecen en el título de este libro dos términos precisos para encuadrar sus objetivos. Por una parte, se han propuesto reunir la documentación de la cancillería de Alfonso X que se ha conservado, más la que se asocia con los infantes y otros personajes de la parentela regia. Se trata una iniciativa necesaria para progresar en el estudio de un personaje y de un tiempo fascinante y complejo. El éxito del resultado –porque cabe adelantar la felicitación a sus autores–, depende de una dilatada experiencia en la vida y obra del rey Sabio, en absoluto ajena a la labor de edición de fuentes que está entre los grandes alcances del medievalismo español reciente y del propio maestro de medievalistas sevillanos, que en 1991 ya había publicado el *Diplomatario Andaluz de Alfonso X*. Por otra parte, este libro pretende reconstruir los movimientos de quien, como se comprueba, compaginó los muchos viajes y las largas estancias. Si lo primero no es tanto un rasgo personal, como algo propio de una corte itinerante del estilo de la castellana, en lo segundo se percibe unas veces la predilección del monarca por ciertos sitios, otras veces las circunstancias azarosas de su reinado, y con mucha frecuencia los trazos de una política renovadora, que convirtió a los escenarios en observatorios. En efecto, las largas estancias –en un sitio o varios de una región, aprovechando el número creciente de lugares regios–, suelen ser síntomas de operaciones de envergadura que el monarca condujo personalmente. Así, las que hizo en Sevilla en 1252-1253 y Murcia en 1271 se recortan sobre los repartimientos de ambas ciudades y sus territorios. La primera visita del monarca a las tierras del norte del Duero, que se inició en el verano de 1254 y duró más de un año, y cuyas principales etapas fueron Burgos, Sahagún, Palencia y Valladolid, fue ocasión de promover una nueva política concejil en las regiones

septentrionales de Castilla y de favorecer el consenso con las fuerzas vivas del reino; del mismo modo, su política para las Extremaduras se articula sobre una larga permanencia en la región durante 1256. O, en general, las convocatorias de cortes conllevaron estancias mucho más largas en el sitio elegido que las reuniones propiamente dichas; sin duda, la oportunidad lo requería, pues cuestiones como el "fecho del Imperio" en 1259 o la inquietud de la nobleza en 1272 comportaron negociaciones sumamente complejas; la actividad de la cancillería ofrece estampas a contraluz.

Los catálogos de documentos regios y los itinerarios de reinados son empresas distintas que mantienen intensos lazos, de lo que el libro es un testimonio relevante. Lo abre una presentación que resume en una decena de páginas los antecedentes de este género de obra y de lo que toca al caso alfonsí, que hace memoria de casi 3400 diplomas del rey Sabio (la suma final llega a 3465), de su tipología y distribución temporal, y que ofrece una imagen a vista de pájaro del itinerario, articulándolo sobre una especie de ruta principal que discurrió de Vitoria a Sevilla pasando por Burgos, Segovia, Toledo y Córdoba. El 75% de las páginas que siguen está dedicado a trazar el itinerario del monarca y a registrar sus documentos. Además de una extensa bibliografía, el 25% restante se reparte entre la documentación de los infantes Fernando de la Cerda y Sancho (más adelante figuran otros cuatro hijos del rey), la reina Violante y doña Mayor Guillén de Guzmán, los miembros de la casa de Molina –el infante Alfonso, tío del rey, y sus primas doña Blanca y doña María, la futura reina–, los ocho hermanos del rey, tíos y cuñados, y los parientes aragoneses, el rey Pedro III y el arzobispo Sancho. Respecto a quienes encabezan esta larga lista, sus itinerarios y sendos apuntes biográficos al hilo de diplomas, anales y crónicas preceden a la relación de documentos, que suma 419 piezas. De ellas, más de 300 corresponden al infante Sancho y unas 70 a su hermano mayor, Fernando de la Cerda; de los otros personajes se recogen cifras simbólicas.

El lector que haya tenido ocasión de utilizar la relación que acompañaba a la biografía de Alfonso X de don Antonio Ballesteros, publicación póstuma que data de 1961, valorará el progreso experimentado desde entonces. Los documentos registrados –es decir, identificados, utilizables–, se han multiplicado por más de tres. Los elementos de descripción –de cada negocio, de los fondos de archivo, de las ediciones–, se han afinado, y hoy son mucho más precisos y eruditos. Y alrededor del 70% del millar de obras que ofrece la bibliografía son posteriores a 1961. Este contraste elemental puede servir como metáfora del salto cualitativo de los estudios alfonsíes en medio siglo.

El itinerario del rey Sabio se subdivide en 19 capítulos. Diez de ellos resumen los movimientos del rey en un año de su reinado. Otros cinco, los

de dos años. Las etapas inicial y final se presentan en tramos más largos. Una primera secuencia comprende su trayectoria como Infante heredero, de 1240 a 1252, mientras el periodo 1276-1284 se reparte entre dos cuatrienios separados por la noticia del año 1280. En medio del reinado se intercala otro periodo prolongado, que cubre de 1261 a 1266.

De forma que el esquema anual, usado con frecuencia en las obras de este género, alterna con otros formatos cronológicos justificados por razones de distinta naturaleza. Así, la condición de heredero que el Infante Alfonso disfruto hasta 1252 y el corto número de diplomas existentes justifican el diseño del dilatado primer periodo. En cambio, el segundo de los periodos largos corresponde a un sexenio en que el rey no salió de Andalucía más que para un breve recorrido por La Mancha. Todavía más, Sevilla se convirtió en su residencia habitual, una circunstancia que se había de prolongar hasta 1268. La conquista de Niebla y Cádiz, la gran sublevación mudéjar de 1264 instigada por el monarca granadino y la subsiguiente expedición contra Granada, más una nueva tanda de accions pobladoras, sirven para explicar el sedentarismo del rey, algunos de cuyos diplomas comentan tales circunstancias. En fin, tras la fracasada "ida al imperio" que concluyó en Beaucaire, se abrió la última y problemática etapa del reinado cuando se acercaba el año 1276. Aunque, desde el punto de vista del itinerario, se aprecian dos situaciones muy diferentes: el conflicto sucesorio y sus derivaciones diplomáticas y el mantenimiento de la frontera meridional justifican los movimientos del rey al norte y al sur de sus reinos en los años inmediatos, lo que contrasta con la permanencia o confinamiento del rey Sabio en Sevilla desde que en la primavera de 1282 se inició la sublevación del Infante Sancho; en ello pesaron la precariedad política y el incremento de sus achaques.

En términos generales, la obra revela una de las claves del progreso de los estudios alfonsíes en el último medio siglo: la búsqueda sistemática de la documentación de la cancillería del rey Sabio y su valoración como fuente histórica. Una tarea que tenía valiosos precedentes, pero que había contado tradicionalmente menos que el uso de las fuentes narrativas y normativas asociadas a Alfonso X y su círculo de colaboradores –cuya envergadura, por otra parte, no se pone en cuestión.

Ante los resultados obtenidos, es cosa mínima que ocasionalmente se repita un documento (los números 515 y 520), o que falte algún título en la bibliografía (como la colección diplomática de Castroverde de Campos de Pablo Fernández Alcalá). Además, es de alabar y sirve de estímulo que este libro no contenga sólo el registro de los documentos regios conocidos, sino que se haya propuesto reconstruir el itinerario del monarca y de sus vástagos más relevantes, pues esta tarea es tan útil como dificultosa: un reto cuyos resultados

dependen muy estrechamente de la riqueza de las fuentes. Como la corona de Castilla no conserva los registros de cancillería que existen en la Corona de Aragón desde el siglo XIII avanzado, lo que facilita la labor de detalle y amplía las perspectivas, cabe destacar el buen uso que se ha hecho de las crónicas; entre ellas parecen más fiables las informaciones de Muntaner y del *Llibre dels Feits* de Jaime I que la propia crónica de Alfonso X).

Desde otro punto de vista, cabe añadir que sobre todo en la primera etapa se advierten trazas de una fórmula que había servido secularmente a las cancillerías regias para crear cierta literatura analística, útil difusora de los hechos de los príncipes a través de las cartas que mostraban su poder. Se trata de breves apuntes que, por ejemplo, muestran al todavía heredero preparando la campaña militar en ayuda de Sancho II de Portugal (1246). Estudiándolos a través de la documentación de Alfonso VIII y de los primeros tiempos de Fernando III, Amaia Arizaleta los ha caracterizado como "microrrelatos".

Los avatares de la conservación de los diplomas merecen cierta reflexión. Hay un contraste llamativo entre el millar de documentos alfonsíes del periodo 1254-1256 y el centenar corto que data de los últimos tres años del reinado. La distancia entre el clima político de uno y otro momento –un momento que se diría fundacional frente a otro de irreparable caída–, refleja niveles de actividad muy diferente en la cancillería; pero también sugiere las huellas de una peculair *damnatio memoriae*: a través de ella, la posteridad guardó noticia de ciertas actuaciones –que se insertaban en directrices todavía útiles o triunfantes a largo plazo–, mientras desechaba las pistas más incómodas del pasado. Esto es algo que el observador también aprecia al examinar la documentación conocida de otros reyes –comenzando por el caso de Pedro I.

En resumen, éste es un trabajo de consulta obligada para todo interesado por la Castilla del siglo XIII, por la construcción del poder monárquico en la baja Edad Media, por la evolución de la historiografía española durante el último medio siglo… Otros afanes podrían sumarse a los citados, se diría que a todos los enlaza un pensamiento: que quien se acerque a estas páginas sienta que no solo ofrecen un balance, sino una invitación a continuar desvelando lo que significó la figura y la obra de Alfonso X el Sabio en su época y en las épocas que han venido después.

Pascual Martínez Sopena
Universidad de Valladolid